

V

Pascual miró un instante el montón de legajos, que parecía enorme, arrojado así al azar sobre el ancha mesa, situada en mitad de la sala. En la confusión se habían entreabierto varias de las cubiertas de papel azul, y salían fuera los documentos-cartas, recortes de periódicos, escritos en papel sellado, apuntes.

Para volver á clasificar los paquetes, buscaba ya los nombres escritos en las cubiertas con letras gordas, cuando hizo un movimiento brusco, arrancándose á la sombría abstracción en que había caído. Y volviéndose hacia Clotilde, que esperaba erguida, blanca y muda:

—Oye: siempre te he prohibido leer estos papeles, y sé que me has obedecido... Si tenía mis escrúpulos. No es que tú seas una muchacha ignorante, como otras, porque yo te he permitido enterarte de cuánto se refle-

re al hombre y á la mujer, y esto, á buen seguro, no es malo sino para las naturalezas malignas. Pero, ¿á qué enfangarte demasiado pronto en esta terrible verdad humana? Por eso te dispensé de conocer la historia de nuestra familia, que es la historia de todas, la de la humanidad entera: mucho mal y mucho bien...

Se detuvo, y pareció afirmarse en su resolución con perfecta calma y soberana energía.

—Ya tienes veinticinco años; estás en edad de saber... Y además, ya no es posible nuestra existencia: vives y me haces vivir en perpetua pesadilla, con tus sueños y divagaciones. Prefiero que miremos cara á cara á la realidad, por execrable que sea. Puede que el golpe á que me resuelvo haga de tí lo que debes ser... Vamos á clasificar juntos otra vez estos legajos, y á hojearlos y á leerlos. ¡Una lección terrible!

Y como ella seguía inmóvil:

—Hace falta ver bien. Enciende las otras dos bujías.

Sentía una necesidad vehemente de luz; anhelaba la claridad deslumbradora del sol; y pareciéndole aún que no alumbraban lo suficiente las tres bujías, pasó á su habita-

ción en busca de los candelabros de dos brazos. Ardieron las siete velas, y los dos siguieron sin reparar en su desaliño: él con el pecho descubierto; ella con el hombro izquierdo manchado de sangre, y la garganta y los brazos desnudos; no se veían siquiera el uno al otro. Eran las dos dadas; pero ninguno se daba cuenta de la hora, é iban á pasar la noche dominados por la pasión de saber, sin necesidad de sueño, fuera del mundo real. La tempestad, que refulgía en el horizonte al través de la abierta ventana, bramaba más reciamente.

Clotilde no había visto nunca á Pascual tan febril, con los ojos tan chispeantes y devoradores. Hacía varias semanas que el doctor no podía consigo; á pesar de su bondad, tan conciliadora, á veces se ponía exaltado, á consecuencia de sus angustias morales. Pero en el momento de descender á las dolorosas verdades de la existencia parecía invadido de infinita ternura, palpitable de compasión fraternal; y de toda su persona emanaban corrientes de magnánima indulgencia, al prepararse á revelar á la joven el espantoso desastre de la realidad. Estaba resuelto: todo lo diría, puesto que para curarlo todo hay que decirlo todo. ¿No

era la evolución fatal, no era el supremo argumento la historia de aquellos seres que les tocaban tan de cerca? Así era la vida, y como no queda más remedio que vivir... El espíritu de la joven saldría de la prueba templado, lleno de tolerancia y valor.

—Te azuzan contra mí, te obligan á hacer cosas nefandas, y lo que yo quiero es restituirte tu conciencia. Cuando estés enterada, juzgarás y obrarás... Acércate. Lee conmigo.

Clotilde obedeció. Aunque aquellos legajos, de que su abuela hablaba con tanta cólera, la asustaban un poco, despertábase en su alma curiosidad creciente.

Pero por mucho que la dominase la fuerza viril que acababa de magullarla y rendirla, se reservaba, por si acaso. ¿Qué inconveniente tenía en escucharle y leer con él? ¿No conservaba el derecho de ceder ó no á la postre? Calma, y veamos.

—¡Vamos! ¿Quieres?

—¡Sí, maestro; quiero!

Empezó por enseñarla el árbol genealógico de los Rougon-Macquart. Comúnmente no lo guardaba en el armario, sino en la gaveta de su habitación, de donde acababa de traerlo con los candelabros. Más de veinte

años hacía que lo llevaba al corriente, inscribiendo los nacimientos, las defunciones, los matrimonios, todos los hechos de familia de alguna importancia, y distribuyendo los casos en notas breves, según su teoría de la herencia. Era una hoja grande de papel, ya amarillenta y cortada por los dobleces á fuerza de uso, sobre la cual se extendía, dibujado con trazos firmes, un árbol simbólico, cuyas ramas subdivididas presentaban cinco hileras de anchas hojas, y cada hoja llevaba un nombre y contenía una biografía, un caso hereditario, escrito en letra menuda.

El doctor sintió alegría de sabio ante aquella obra de veinte años, donde se veían tan clara y plenamente aplicadas las leyes de la herencia establecidas por él.

—¡Pero mira esto, chiquilla! Tú sabes lo bastante, tu has copiado lo suficiente de mis memorias para comprender... ¿No es cosa hermosa un conjunto así, un documento tan acabado y definitivo, donde no hay una lagura? Cualquiera lo tomaría por un experimento de gabinete, problema planteado y resuelto en el encerado... Mira, aquí abajo tienes el tronco, la estirpe común, mamá Dida. Después salen las tres ramas: la legítima—Pedro Rougón—y las dos bastardas

Ursula Macquart y Antonio Macquart. Luego suben dos nuevas ramas: por un lado, Máximo, Clotilde y Víctor, los tres hijos de Saccard y Angélica, la hija de Elisa Macquart y Claudia, Santiago, Esteban y Ana, los cuatro hijos de su hermana Gervasia. El hermano, Juan, está allá, al extremo. Y aquí en medio verás lo que yo llamo el nudo: la línea legítima y la línea bastarda uniéndose en María Rougón y su primo Francisco Mouret, para dar nacimiento á tres ramas nuevas—Octavio, Sergio y Desideria Mouret—al paso que de Ursula y del sombrerero Mouret tenemos á Silverio, cuya muerte trágica conoces, á Elena y su hija Juana. En fin, allá en lo alto, están las ramillas últimas, el hijo de tu hermano Máximo, nuestro pobre Carlos, y otras dos criaturas muertas, Jacobo Luis, el hijo de Claudio Lantier, y Luisín, el hijo de Ana Coupeau... Total, cinco generaciones: ¡un árbol humano que ha echado vástagos ya en cinco primaveras, en cinco renovaciones de la humanidad, á impulsos de la corriente de savia en la eterna vida!

Se animaba é iba señalando los casos con el dedo en la hoja amarillenta de papel, como si fuese una lámina anatómica.

—Y te repito que todo está aquí... No tie-

nes más que ver las selecciones en la herencia directa: la de la madre,—Silverio, Elisa, Desideria, Santiago, Luisín, tú misma;— la del padre,—Sidonia, Francisco, Gervasia Octavio, Jacobo, Luis.—Luego tienes los tres casos de mezcla por soldadura, Ursula, Aristides, Ana y Víctor; por diseminación, Máximo, Sergio y Esteban; por fusión, Antonio, Eugenio y Claudio. Todavía he tenido que especificar un cuarto caso muy notable: la mezcla equilibrada, Pedro y Paulina. Y se notan las variedades: á la selección de la madre, por ejemplo, suele acompañar la semejanza física con el padre, ó al revés; de igual modo que, en la mezcla, el predominio físico y moral pertenece á uno ú otro factor, según las circunstancias.... Después pasamos á la herencia indirecta, la de los colaterales; de ésta no cuento más que con un ejemplo bien definido: la asombrosa semejanza física de Octavio Mouret, con su tío Eugenio Rougon. Tampoco tengo más que un ejemplo de la herencia por influjo: Ana, la hija de Gervasia y de Coupeau, se parecía asombrosamente, sobre todo en su infancia, á Lantier, el primer amante de su madre, como si Lantier hubiese impregnado á esta última para siempre... Pero mi gran ri-

queza está en la herencia regresiva: los tres casos más hermosos, Marta, Juana, y Carlos, todos parecidos á mamá Dida, presentan la semejanza saltando una, dos y tres generaciones. El fenómeno es seguramente excepcional, porque yo no creo gran cosa en el atavismo; me parece que los elementos nuevos aportados á las uniones, los accidentes y la variedad infinita de las mezclas, deben borrar con suma rapidez los caracteres particulares, restituyendo el individuo al tipo general... Y queda el innatismo: Elena, Juan, Angélica. Es la combinación, la mezcla química donde se confunden los caracteres físicos y morales de los ascendientes, sin que nada de ellos parezca traslucirse en el nuevo ser.

Siguió un silencio. Clotilde había escuchado con profunda atención, esforzándose en comprender. Y él ahora permanecía absorto, con los ojos fijos en el árbol, atento á juzgar equitativamente su obra. Prosiguió lentamente, como hablando á sí mismo:

—Sí: es todo lo científico que cabe... No he puesto aquí más que los miembros de la familia, y hubiese debido conceder parte igual á los padres y á las madres que vinieron de fuera á mezclar su sangre con la nuestra, y

á modificarla por consiguiente. Yo había trazado un árbol matemático, en que el padre y la madre se legaban por mitad al hijo de generación en generación; de suerte que en Carlos, por ejemplo, la parte correspondiente á la abuela Dida se reducía á un dozavo; un absurdo, puesto que el parecido físico es completo. He creído, pues, suficiente indicar los elementos allegados de otras partes, teniendo en cuenta los matrimonios y el factor nuevo que introducían cada vez. ¡Ah, estas ciencias que principian, estas ciencias donde balbuce la hipótesis y reina como soberana la imaginación, son del dominio del poeta tanto como del sabio! Los poetas van en la vanguardia, y suelen descubrir países vírgenes é indicar las soluciones próximas.

Entre la verdad conquistada, definitiva y lo desconocido, de donde se arrancará la verdad de mañana, queda un margen que les pertenece... ¡Qué inmenso fresco se podría pintar, qué comedia y qué tragedia humana tan colosales se podrían escribir con la herencia, que es el génesis mismo de las familias, de las sociedades y del mundo!

Con la mirada vaga seguía abstrayéndose en su pensamiento. Pero bruscamente echó

á un lado el árbol y tornó á los legajos, diciendo:

—Dentro de poco volveremos á él; para que ahora comprendas, es menester que se desarrollen los hechos y que veas recitar á todos esos actores, rotulados aquí con simples notas que los resumen... Yo iré citando los legajos para que me los des uno á uno, y te contaré lo que contiene cada cual antes de volver á ponerlo en la tabla... No seguiré el orden alfabético, sino el orden mismo de los hechos. Ha tiempo que deseo hacer esa clasificación... Con que ve buscando los nombres en las cubiertas. Ante todo, mamá Dida.

En aquel momento, una ráfaga de la tormenta que incendiaba el horizonte, cogió al sesgo á la Soulejade y estalló sobre la casa, deshecha en un diluvio. Pero no cerraron siquiera la ventana. No oían las detonaciones del trueno ni el redoble continuo de aquel aluvión que azotaba la techumbre. Clotilde había dado á Pascual el legajo que llevaba escrito en letras grandes el nombre de la abuela Dida, y el doctor extraía papeles de todas clases, notas antiguas tomadas por él, é iba leyendo.

—Dame á Pedro Rougon... Dame á Ursula Macquart... Dame á Antonio Macquart...

La joven, con el corazón oprimido de angustia, obedecía á todo sin responder. Y desfilaban los legajos, y salían á luz sus documentos para volver á amontonarse en su tabla.

Venían primero los orígenes: Adelaida Fouque, la mocetona desequilibrada, la primer lesión nerviosa, que daba nacimiento á la rama legítima—Pedro Rougon—y á las dos ramas bastardas—Ursula y Antonio Macquart;—toda la tragedia vulgar y sangrienta dentro del marco del golpe de Estado de Diciembre de 1851: los Rougon, Pedro y Felicidad, salvando el orden en Plassans y salpicando su fortuna incipiente con la sangre de Silverio, mientras Adelaida, ya vieja, la misera mamá Dida, se veía encerrada en las Tulettes, como espectro de la expiación. Luego se desencadenaba la jauría de las concupiscencias: apetito soberano del poder en Eugenio Rougon, el grande hombre, el águila de la familia, desprendido desdeñosamente de los intereses vulgares, prendado de la fuerza por la fuerza, conquistando á París con botas viejas en compañía de los aventureros del próximo Imperio; subiendo del Cuerpo legislativo al Senado; pasando de la presidencia del Consejo de

Estado á una cartera de ministro; hechura de su bando, toda una clientela famélica que lo aupaba y devoraba; vencido un instante por una mujer, la hermosa Clorinda, imbecilmente deseada; pero tan verdaderamente poderoso, abrasado de tales ansias de dominio, que reconquistaba el poder, desmintiendo su vida entera, y seguía su marcha triunfal hacia su reinado de vice-emperador. Aristides Saccard, por su parte, se cebaba en los goces bajos; se abalanzaba á la husma del dinero, de la mujer y del lujo; su apetito era hambre voraz, que lo echó á la calle en cuanto empezó la danza de los millones con el desatado viento de la especulación que soplabá por la ciudad, desmantelándola y reconstruyéndola con el incentivo de las fortunas descaradas fabricadas en seis meses, y tan pronto comidas como rehechas; un hartazgo de oro, cuya embriaguez creciente le dominaba hasta el punto de vender su nombre por tener los primeros cien mil francos indispensables, casándose con Renata, apenas frío el cadáver de su primera esposa, y hasta el punto de tolerar más tarde el incesto, en un momento de crisis pecuniaria, cerrando los ojos ante los amores de su hijo Máximo y de su segunda mujer, en medio del brillo deslum-

brador de la bacanal parisiense. Y ese mismo Saccard era quien algunos años después ponía en movimiento el enorme lagar de millones del Banco Universal: Saccard nunca vencido; Saccard elevado hasta las cumbres de la inteligencia y valentía de los grandes especuladores; Saccard que, penetrado del poder despótico y civilizador del dinero, daba, ganaba y perdía batallas en la Bolsa, como Napoleón en Austerlitz y Waterlón, sepultando en el desastre á todo un mundo de criaturas miserables y abandonando á los azares del crimen á su hijo natural Víctor, fugitivo en la sombría noche, mientras él, bajo la protección impasible de la injusta naturaleza, contaba con el amor de la adorable Carolina, en recompensa, sin duda, de todo el mal que había hecho. Ahí, en ese estercolero mismo, había brotado una azucena immaculada. Sidonia Rougon, la hermana complaciente de Saccard, la zurcidora de mil enjuagues, tenía de un desconocido á la pura y divina Angélica, la bordadorcita de dedos de hada que entretejía en el oro de las casullas el sueño de su príncipe encantador, la criatura tan poco hecha para la dura realidad, y tan desprendida de este mundo para volar hacia sus compañeras, las santas, que

obtenía la merced de morir de amor, el día de su matrimonio, con el primer beso de Feliciano de Hautecour, entre el repique de campanas que celebraban sus bodas reales.

Aquí venía el nudo de las dos ramas: la legítima y la bastarda. Marta Rougon se casaba con su primo Francisco Mouret: un matrimonio en armonía, lentamente desunido, y terminado poco á poco en las peores catástrofes: una dulce y triste mujer, apresada, explotada y triturada en la inmensa máquina de guerra armada para la conquista de una ciudad; una mujer á quien arrancaban sus tres hijos; una mujer que dejaba hasta su corazón en las duras garras del abate Faujas; y los Rougon salvaban á Plassans por segunda vez, mientras ella agonizaba al resplandor del incendio, donde su marido, loco de rabia y de venganza, ardía con el sacerdote. De los tres hijos, Octavio Mouret era el conquistador audaz, el espíritu resuelto á pedir á las mujeres el señorío de París; el hombre enfangado en un medio vulgar y corrompido, donde adquirió terrible educación sentimental, pasando de los desdenes caprichosos de la una al fácil abandono de la otra, apurando hasta las heces las amarguras del adulterio; pero conservándose, por fortuna,

activo, trabajador y batallador; emancipándose poco á poco, y elevándose, á pesar de todo, sobre las bajezas de aquel mundo podrido que se oía crujir. Y Octavio Mouret, victorioso, consumaba una revolución en el alto comercio; mataba las tiendecillas modestas del antiguo tráfico; plantaba en medio del febril París el palacio colosal de la tentación, cuajado de arañas deslumbradoras y rebosando terciopelo, seda y encajes; ganaba una fortuna regia explotando á la mujer, y vivía burlándose de las mujeres, hasta el día en que una chicuela vengadora, la sencillísima y juiciosísima Dionisia, le dominaba y le veía á sus pies, rendido y torturado, mientras ella, tan pobre, no le dispensaba el favor de casarse con él, en medio de la apoteosis de su Louvre y de la lluvia de oro de los ingresos. Quedaban los otros dos hijos: Sergio Mouret y Desideria Mouret. Esta, inocente y sana, como un animalejo, sin penas ni cuidados. Aquel, refinado y mustio, convertido en sacerdote por un accidente nervioso de su linaje, reanudaba la aventura adámica en el legendario Paradou; renacia para amar á Albina, para poseerla y perderla en el seno de la gran naturaleza cómplice, y volvía después á la Iglesia—la

eterna guerra á la vida—luchando por la muerte de su sexo, y arrojando sobre el cadáver de Albina el puñado de tierra del oficiante, á la misma hora en que Desideria, la fraternal amiga de los animales, se extasiaba de júbilo con la ardiente fecundidad de su corral.

Más lejos se divisaba un claro de vida dulce y trágica. Elena Mouret vivía tranquilamente con su hijita Juana en las alturas de Passy, dominando á París, el océano humano sin límites y sin fondo, frente al cual se desarrollaba la página de amor: la pasión de Elena por un médico á quien el azar lleva una noche á la cabecera de su hija, y los celos enfermizos de Juana, celos de enamorada instintiva que disputa su madre al amor, y tan minada ya por la pasión de ánimo, que moría á consecuencia de la falta materna: ¡precio terrible de una hora de deseo, en toda una vida intachable, el de aquella pobre niña muerta, que allá quedaba sola, bajo los cipreses del mudo cementerio, delante del eterno París!

Empezaba la rama bastarda con aquella Elisa Macquart, tan frescota y robusta, que, luciendo la prosperidad del vientre, con su delantal blanco, á la puerta de la salchiche-

ría, miraba sonriendo los mercados centrales, donde rugía el hambre de un pueblo—la batalla secular de los Gordos y de los Flacos: el flaco Florencio, su cuñado, aborrecido, acosado por las pescaderas y las mercachifles, y á quien la salchichera misma, mujer de probidad intachable, pero incapaz de perdón, hacía prender como á republicano impenitente,—convencida de que trabajaba por el sosiego de todas las personas honradas. De tal madre nacía la más sana, la más humana de las criaturas, Paulina Quenu, la ponderada, la razonable, la virgen que conocía y aceptaba la vida, y tan apasionada en su amor al prójimo, que, á pesar de la rebelión de su fecunda pubertad, cedía su prometido Lázaro á una amiga, y después salvaba al hijo del matrimonio desunido, haciéndose su verdadera madre: mujer siempre sacrificada, arruinada, pero satisfecha y alegre en su monótona soledad, frente al mar anchuroso, entre todo un mundo de dolientes que aullaban sus dolores y no querían morir.

Luego veía á Gervasia Macquart con sus cuatro hijos, aquella Gervasia cojitranca, linda y trabajadora, á quien su amante Lantier hacía rodar por los arrabales, donde

encontraba á Coupeau, el obrero laborioso, y se casaba con él: tan feliz al principio, con sus tres aprendizas en el obrador de plancha, y precipitándose después con su marido por la inevitable pendiente de la tentación y del medio ambiente viciado: él, conquistado poco á poco por el alcohol hasta llegar á la locura furiosa y á la muerte; ella pervertida, entregada á la holganza, acabada de perder por la vuelta de su amante, en medio de una tranquila ignominia, y víctima misera desde aquel punto de la cómplice miseria, que concluía por matarla una noche, á puros calambres del estómago vacío.

Su primogénito, Claudio, tenía el genio doloroso de un gran artista desequilibrado, la locura impotente de la obra maestra que sentía dentro de sí, sin que sus dedos rebeldes pudiesen darla á luz: lidiador gigante, siempre herido; mártir crucificado de la obra; adorador de la mujer, que sacrificaba la suya, Cristina, tan amante y amada un momento, á la mujer increada y divina que veía en sueños y cuyo soberano desnudo no acertaba á trazar su pincel: pasión devoradora del alumbramiento, necesidad insaciable de la creación, tan terriblemente angus-

tiosa cuando no es posible satisfacerla, que el pintor acaba por ahorcarse.

Santiago, por su parte, traía el crimen, el vicio hereditario que degeneraba en apetito instintivo de sangre, de sangre joven y fresca, extraída del seno de una mujer, de la primera que encontrara, de cualquiera que pasase por la calle: abominable impulso contra el cual luchaba, que volvía á dominarle en el curso de sus amores con la sumisa y sensual Severina, presa á su vez de temblor continuo á causa de una trágica historia de asesinato, y que le impelía á coserla á puñaladas en una noche de acceso, enfurecido á la vista de sus blancas carnes, y todo ese salvajismo de la bestia desatábase entre los trenes lanzados á gran velocidad, en medio del mugido de la máquina, de la máquina amada que le trituraba un día, y que, libre después, sin conductor, se lanzaba al desconocido horizonte del desastre colectivo.

Esteban, á su vez, abandonado y perdido, llegaba al país oscuro en una helada noche de Marzo; bajaba al pozo voraz, amaba á la triste Catalina, que otro le robaba brutalmente, y llevaba la negra vida de miseria y de baja promiscuidad de los mineros, hasta

el día en que el hambre, inspirando la rebelión, paseaba al través de la rasa llanura al pueblo aullador de miserables que pedía pan, entre ruinas é incendios, bajo la amenaza de la tropa: terrible convulsión que anunciaba el fin de un mundo, sangre vengadora de los Maheu que se levantaría más tarde, Alzira muerta de hambre, Maheu atravesado por una bala, Zacarías víctima de una explosión de *grisú*, Catalina bajo tierra, la Maheu, única superviviente, llorando á sus muertos y volviendo á bajar al fondo de la mina para ganar su mezquino salario, mientras Esteban, el jefe derrotado de la partida, acosado por la idea de las reivindicaciones futuras, se alejaba una templada mañana de Abril, escuchando la sorda germinación del mundo nuevo, que pronto haría estallar la tierra.

Nana venía á ser desde entonces el desquite, la moza nacida en la inmundicia social de los arrabales, la mosca de oro que vuela de las podredumbres toleradas y encubiertas, llevando en la vibración de sus alas el fermento de destrucción, remontando hasta la aristocracia y pudriéndola, envenenando á los hombres sólo con posarse sobre ellos en el fondo de los palacios, donde entraba por